

Siéntase el cazador en una piedra al borde del camino y hunde su cabeza entre ambas manos. No puede olvidar al *ángel del castillo*. Solo un instante le ha visto, però este instante ha bastado para decidir de su porvenir. Si Blanca quiere, él será su paladin, él será su esposo.

Dos horas permanece ensimismado, los ojos fijos, la frente entre las palmas, el arco á sus piés. Suenan pisadas de un caballo. Es Blanca que vuelve.

El cazador se adelanta, detiene el corcel de la jóven y dobla en tierra una rodilla. Blanca le mira asombrada.

—Noble dama, — dice el cazador, — la débil enredada busca el tronco de la encina para crecer pomposa y lozana. Un caballero se presenta á ofrecer el apoyo de su brazo, y el esplendor de su nombre. Vuestra hermosura le ha cautivado, vuestras gracias han herido su corazón. *El ángel del castillo* tendrá de hoy mas siempre á sus piés y suspirando de amor á un paladin. Soy el conde de Monforte.

La hija de Don Alonso ha sentido cubrirse sus mejillas del mas vivo encarnado. Es la primera vez que se la dirijen palabras semejantes, es la primera vez que oye á un galante caballero requerirla de amores. Se atreve apenas á mirar al cazador que está á sus piés. El lenguaje del conde ha sido respetuoso y galante, pero hay en su voz una espresion que ha desagrado á Blanca. Las palabras del cazador están muy léjos de haber herido la cuerda sensible del corazón de la doncella.

— Conde de Monforte, — dice Blanca, — cosas me decís que jamás habian resonado á mi oído, que no comprendo y que quizá tampoco debo comprender. Sea como sea, no es bien que una doncella escuche en mitad de un camino las tiernas súplicas de un desconocido galan y que conteste á ellas. Mi madre desde el cielo lo reprobaria, y mi noble padre Don Alonso de Garcés se enojaria al saberlo.

Y acabadas de pronunciar estas palabras, ya está lejos del cazador *el ángel del castillo*.

En todo el dia no ha vuelto en sí Blanca de la sorpresa que le han causado las palabras del caballero, ha sentido una emocion desconocida, hija de una momentánea vanidad mujeril, pero nada mas. Su corazón apenas ha tomado parte. El amor puede haber inspirado su accion al conde, pero la indiferencia ha dictado las palabras de la doncella. Si recuerda la escena es por el asombro que le ha causado, no por la simpatía que le ha producido. Hay en el de Monforte una vaga espresion de orgullo y soberanía,

de sarcasmo y de altivez que ha herido á la hija de Don Alonso. Sus palabras, aunque corteses y humildes, han sido pronunciadas mas bien que en el tono del galan que implora, con el acento del soberano que ordena.

El ángel del castillo se dice que nunca podrá amar á aquel hombre.

Es amiga y antigua conocida de Don Alonso la familia del de Monforte; así es que al presentarse este en el castillo, es acogido con solicitud y atencion por el anciano. Fama tenia el conde de valiente caballero, poseia ricas haciendas y ostentaba un noble y honrado apellido.

No ha necesitado instar mucho para que el de Garcés le prometiera la mano de su hija. El buen padre siente su corazón henchido de júbilo, ha cumplido el juramento hecho á una moribunda; ha creído hacer la felicidad de su hija.

El de Monforte parte con un cielo en el alma. Ya es suyo *el ángel del castillo*.

VII.

TUYA Ó DEL CLAUSTRO!

El anciano ha participado á Blanca su resolucion y la vírgen á sentido cubrirse su alma de luto... Ha inclinado la frente como la caña que el viento doblega, su corazón se ha comprimido como el cáliz de la flor á la que falta un rayo de sol y una ráfaga de consoladora brisa.... Obedecerá á su padre, puede que le cueste la vida, pero le obedecerá.

Casi todos los dias se ve obligada á escuchar las ternezas y galanterías del de Monforte en el gótico salon del castillo y á presencia de su padre. Son instantes de sufrimiento para la doncella que cada vez siente aumentarse su odio hácia su prometido. Su odio, sí... causa horror á la vírgen el de Mon-

forte. Es un abismo que se interpone entre ella y una figura amada de sus años infantiles.

La idea de la corte en la cual brillará cuando sea su esposa, no la deslumbra; el pensamiento de ser la reina en los torneos y en las fiestas, no la lisonjea; el amor que el conde le promete, no la seduce.

Blanca está triste. Su padre lo conoce, pero ignora la causa.

Padre é hija están sentados una tarde junto á una ventana por la cual entra el perfume de los mirtos y naranjos que pueblan el cercano jardín. Un canto triste y lejano rasga los aires.

—Qué es eso? — pregunta Don Alonso á uno de sus servidores.

—Un trovador está á las puertas del castillo y demanda hospitalidad.

—Dadle entrada, — dice el anciano. — Distraerá con sus trovas á mi Blanca.

El trovador ha penetrado en la estancia, pero *el ángel del castillo* no ha vuelto siquiera los ojos, distraida en mirar el horizonte en cuyo vacío se pierden sus miradas.

—De donde llegas, trovador? — pregunta Don Alonso.

—De Cataluña, señor, — ha contestado una voz dulce y simpática.

Esta voz ha hecho estremecer á Blanca. Diríase que no es la vez primera que oye aquel acento melancólico y suave.

Ha vuelto la cabeza la vírgen y examina al trovador. Es un jóven que apenas puede haber cumplido cinco lustros. Luenga y negra cabellera cae en sortijas sobre sus hombros, su rostro varonil espresa la ternura y la decisión á un tiempo, sus ojos brillan con la fuerza de dos rayos. Blanca le contempla en silencio. No le es desconocido aquel rostro, no le es desconocida la voz aquella.

El trovador ha descolgado la lira que pendiente de una correa llevaba á la espalda. Pulsan sus dedos las armónicas cuerdas, alza los ojos al artesonado techo y, despues de un bello prelude, entona un canto. Es una balada de amores.

Por largo rato ha vibrado en el aire la voz del trovador que ha cantado los desgraciados amores de dos jóvenes montañeses. Tiempo hace que ha concluido ya y aun escucha Blanca. Siente *el ángel del castillo* una emoción secreta y desconocida, su corazón palpita acelerado. Una vez ha mirado á la jóven el trovador y el fuego de sus ojos ha turbado á la hija de Don Alonso.

Qué misterio reina allí?

—Trovador, — dice el anciano, — mis gentes cuidarán de darte cómoda hospitalidad.

El jóven ha partido despues de haber lanzado una nueva y chispeante mirada á Blanca.

Esta se ha acercado á su padre para recibir el beso de la tarde que imprimen sobre su frente los descoloridos labios del anciano.

—Adios, hija mia! — le ha dicho el viejo caballero.

Blanca se retira á su estancia, inquieta, sobresaltada, acongojada. Apenas puede darse cuenta de lo que pasa en su corazón; el jóven trovador la ha vivamente impresionado. Ha llegado para *el ángel del castillo* la hora del amor.

Sin embargo, no es la primera vez que ha visto al jóven que tanto la interesa. Cuando cierra sus ojos y sumerge su pensamiento en el vasto campo de sus pasados recuerdos, vé pasar envuelta en la imájen de sus días, una figura melancólica como la del trovador, oye una voz tan dulce como la que ha entonado la balada de amores. Pero, cuándo, cómo, dónde ha visto todo eso la hija de Don Alonso? Lo ignora. Es una idea confusa, es algo como un sueño.

En el interin, los rayos del sol se han ido debilitando y escondiéndose tras las cimas de los montes. Desaparece el bello color de púrpura con que momentáneamente se han vestido las nubes; la naturaleza se cubre con el manto de ópalo con que sabe envolverla toda entera la peregrina hora del crepúsculo. Pronto anoecerá; pronto llegará la noche, solitaria matrona de negras cejas, á tender un velo de luto sobre los pensamientos de Blanca.

Es la hora de la visita al sepulcro maternal. La vírgen coje la linterna y atraviesa furtiva los corredores del castillo. El viento se introduce silvando por entre los arcos de las galerías, la luna ilumina á trechos las arcadas y dibuja en el suelo fantásticas y movedizas formas. Cruza Blanca el panteon y pasa sin temor por entre las hileras de sepulcros donde descansan en paz sus nobles abuelos, custodiados por colosales estátuas de severas formas.

Al atravesar por delante de la tumba de su tío Don Gonzalo, le ha parecido oír un rumor, y se le ha figurado ver cruzar como una sombra por entre los fúnebres monumentos. Ha parado su paso estremecida. Nada mas ha vuelto á interrumpir el silencio de las tumbas: solo el viento silva allí de una manera lúgubre y tenebrosa.

Apresúrase la jóven á llegar al sitio donde descansa su madre y se postra de rodillas sobre la blanca piedra. Largo rato permanece en oración, inclinada la cabeza sobre el pecho, húmedos los ojos de lágrimas. La luna la viste de poética luz y, en su inmovilidad diríase una estátua entre sauces y cipreses

De pronto su mirada se anima, alza su cabeza, inclina el cuerpo. Ha desaparecido el ramo de flores que aquella mañana ha depositado ella misma sobre el monumento, según piadosa ofrenda que todos los días tributa á su madre.

Qué mano impía puede haber osado arrebatarse un depósito al sepulcro, una ofrenda á la muerte?

Blanca se pierde en conjeturas. Vuelve los ojos en torno como si tratara de buscar al misterioso robador y... cielo santo! ve alzarse la majestuosa figura de un hombre al pié de un sauce inmediato; parece la estatua de un monumento fúnebre.

Es el trovador. No mira á Blanca, sus ojos llenos de una vaga expresión de ternura están clavados en el mausoleo, sus brazos están cruzados sobre el pecho, no cuelga de sus hombros la lira, el viento mece sus negros cabellos y, caída á sus piés, está la gorra negra con la pluma encanada.

Cuan hermoso se presenta en aquel instante á Blanca iluminado por la luna junto al árbol de los sepulcros!

Parécele á la hija de Don Alonso que una lágrima se ha desprendido de los ojos del trovador cayendo sobre la tumba de su madre. Esta lágrima es una revelación, esta lágrima es toda una historia. Rásgase el velo del pasado á los ojos de Blanca, la luz de sus recuerdos ilumina esplendente todo lo que hasta entonces se le presentara confuso. No vacila ya. Se lanza hácia el trovador y alargándole una mano le dice:

—Ramiro!

El jóven se ha estremecido de gozo y de delirio.

—Me ha conocido! — esclama — me ha conocido!

Y plegando las manos, eleva en su interior una plegaria de agradecimiento á Dios. Blanca le mira en silencio.

—En otro tiempo, — dice por fin Ramiro, — en otro tiempo la que hoy descansa en esa tumba ha presenciado nuestros juegos infantiles, ha visto desarrollarse nuestro amor puro como el primer rayo del alba, y, en su secreto pensamiento, intentó enlazar nuestras manos como estaban ya enlazados nuestros corazones. Preocupaciones de familia lo impidieron, añejas costumbres pudieron más en Don Alonso que las pruebas de un amor verdadero, y yo salí del castillo, huérfano y proscrito, condenado á llevar errantes mis pasos por una tierra inhospitalaria. Don Alonso quería enlazar á su hija con un noble caballero, no con un pobre huérfano que, aunque pariente suyo, podía todo lo más servir de paje á aquella hasta quien había osado alzar los

temerarios ojos. Hoy Ramiro vuelve al castillo donde ha pasado su infancia, donde ha dejado á su amada. Encuentra una tumba sobre que llorar pero no halla á nadie que de él se acuerde.

—Á nadie, Ramiro? — esclama con voz impregnada de sollozos la jóven.

—Prometida del conde de Monforte, — dice el trovador — quien, pues, se acuerda del proscrito huérfano?

—Yo, Ramiro, yo que le he estado esperando, yo que cada noche me decia al retirarme, viendo que se había pasado un nuevo día sin que se presentara: Dios mío, cuánto tarda!

—Oh! sería cierto, Blanca? *El ángel del castillo* se ha acordado del huérfano que tanto la ama?...

Y los ojos del trovador se llenan de lágrimas, y los dos amantes caen á un tiempo de rodillas, uniendo los rezos que consagran á la que á entrambos les sirviera un día de madre, á la que de entrambos aprobara el amor invocando sobre sus frentes las bendiciones de los cielos.

Ramiro ha sido el primero en ponerse en pié.

—Blanca, — dice, — esta mañana he recojido sobre esta tumba un ramo de flores que habían regado tus lágrimas. Mira, está aquí, junto á este corazón que no ha dejado de amarte, que ha palpitado desde la infancia por tí y que por tí palpitará hasta la muerte. Me llevaré este ramo, Blanca, él será el lazo que nos una, el nudo de amores que ha de mantener enlazadas para siempre nuestras existencias.

—Ay! — dice la jóven con voz triste, — esas flores se las había dado yo á mi madre.

—Ella que aprobó nuestro amor, me las da del fondo de su tumba.

—Pero esas flores, Ramiro, pertenecen al sepulcro.

—Qué importa!

—Es un triste presagio!

—No, amada mía. El corazón me dice que han de lucir días de felicidad para nosotros y el corazón no engaña. Proscrito yo por tu padre, no puedo presentarme á él con mi nombre. Me es pues forzoso partir, me es fuerza tornar á mi vida de trovador errante, pero volveré un día y entonces....

—Entonces seré yo tuya, Ramiro.

—Y el conde de Monforte?

—Me es odioso ese hombre, — contesta Blanca. — En sus miradas brota un rayo de salvaje expresión cuando clava en mí sus ojos; sus labios tienen la sonrisa de la hiena cuando me dirijen la palabra. Ramiro, ese

hombre me da miedo. Nunca, lo fío, nunca Blanca pertenecerá á ese hombre.

Y la jóven, brillantes los ojos, iluminado el semblante por una inspiracion de amor, estiendo su mano sobre el mausoleo de su madre.

—Aquí, Ramiro, —dice Blanca solemnemente, —sobre esta tumba que guarda los restos de la que tanto nos ha querido, te juro ser tuya.....

En este momento el son de una campana que rasga repentinamente los aires, ha venido á interrumpir á la jóven. Es la campana del vecino monasterio de monjas de San Benito que canta el *Angelus*. Su voz vibra triste y acompasada en el aire, su lengua de metal proclama la grandeza del Señor. El melancólico sonido que hasta allí lleva el viento inspira una resolucion á la jóven.

—Sí, —repite Blanca, —seré tuya, tuya ó del claustro!

Y *el ángel del castillo* al decir esto ha estendido su mano en la direccion de donde parten los sonidos de la campana.

Esta como si hubiera oido las espresiones que acaban de pronunciarse, acelera sus sonos. Diríase que entona un himno de gracias.

Ramiro coje una de las manos de la jóven y dobla una rodilla sobre el sepulcro.

—Dios y nuestra madre han recibido tu juramento, amada mia!

—Tuya ó del claustro! —repite Blanca que, ligera como la cervatilla en el valle, huye hácia la puerta.

—Blanca! Blanca, —grita lánguidamente el trovador que cae de rodillas y que ve desaparecer el vestido blanco de su amada á través de los árboles y los arbustos.

La jóven ha llegado á la puerta, se vuelve, pero no divisa ya á Ramiro: la vejetacion que allí crece espesa y abundante se lo impide. Sin embargo, sabe que le oirá y confía al viento de la noche estas palabras que, fiel y sumiso el aire, lleva mensajero de amor, á oídos del enamorado doncel.

—Adios, Ramiro! Tuya ó del claustro!

Dice, y desaparece como una sombra. *El ángel del castillo* está ya fuera de la mansion de los sepulcros.

El trovador cubriéndose la frente con las manos ha repetido en voz baja las últimas palabras de Blanca.

Adios, ángel de amores, —murmura — adios! Mia ó del claustro.

Interin esta escena, el tiempo ha cambiado. Preñadas nubes recorren el horizonte borrando su purísimo azul. La luna ha dejado de lucir, ahogada por mares de invasoras nubes: el viento silva furioso azotando los árboles, la borrasca empieza sañuda y amenazadora.

Despues de haber permanecido largo tiempo de rodillas, la frente entre las manos, el trovador se adelanta. Va á salir á su vez de la mansion de los muertos.

Cielos! que es lo que vé de pronto?..... Una figura colosal se alza en la puerta impidiéndole su salida. Avanza hácia Ramiro, tras de ella avanza otra, y otra y otra, hasta nueve. Los últimos que penetran llevan antorchas que disipan la oscuridad con su rojizo resplandor.

Ramiro cree estar soñando.

El que parece el gefe de los demás se dirige al trovador. Viste completa armadura, sobre su casco flota un plumage negro como un penacho de luto sobre un sarcófago.

—Escondido tras de vosotros, —dice con voz sombría, —he oido vuestra conversacion de amor. Ni una palabra se me ha escapado.

—Cielos!

—Prepárate á seguirme.

—Quien eres tú?

—Soy aquel á quien ella aborrece.

—El conde de Monforte!

—El mismo.

Ramiro hace ademan de lanzarse sobre el conde, pero todos al contrario se han arrojado sobre él. Indefenso, no tarda en sucumbir cediendo al número. Han atado sus brazos á la espalda, han atado sus piés, una mordaza, ahoga sus gritos. La lucha ha sido breve, pero desesperada.

—Llevadle! —dice la misma voz sombría del de Monforte.

Todos han partido.

Las tumbas, que han sentido su tranquilidad eterna momentáneamente turbada, han vuelto á quedar en las tinieblas y en la calma.

Ya no reina allí mas que el silencio, un silencio de muerte.